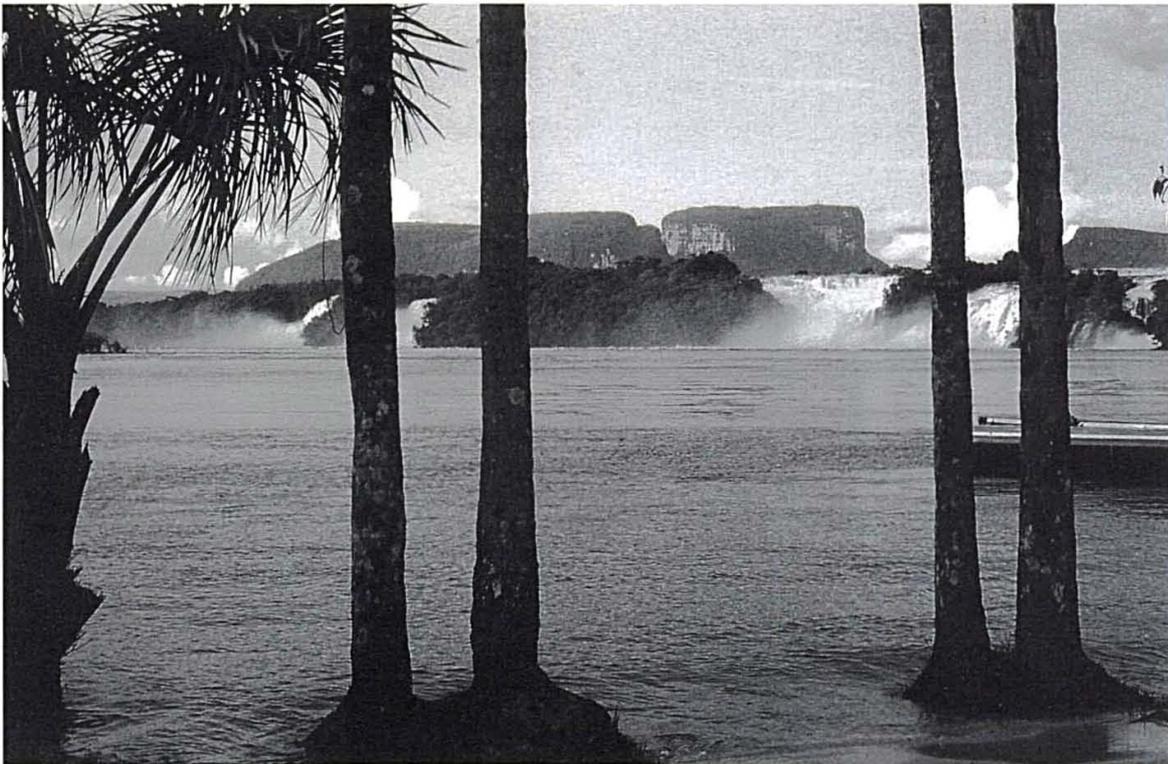


# VENIMOS DE LA NOCHE POESÍA EN VENEZUELA (1960-2004)

JUAN CARLOS MÉNDEZ / ERNESTO SUÁREZ

LITERATURA



**L**a Venezuela de los años sesenta es un espejo de lo que ocurría en el resto del mundo. Crisis. Irreverencia. Cuestionamiento del orden establecido. Confusión. Euforia. Dogmatismo a raudales. Lucidez creadora.

Cierto periodismo cultural insistió durante muchos años en retratar aquel tiempo como un momento de quiebros absolutos, de renovaciones creadoras surgidas a partir de la nada, de épicas posturas políticas que derivaban en un arte innovador, irrepetible. Quizás haya contribuido a esta hiperbolización de la década de los sesenta el hecho de que buena parte de sus miembros terminó asimilándose al poder cultural del país, y dirigiéndolo desde primera fila, hasta crear una situación paradójica en la que el fracaso revolucionario se volvió una rentable manera de entender la literatura venezolana. Esta lectura



privilegiaría la narrativa y la poesía de los años sesenta por encima de manifestaciones posteriores que no compartían el espíritu de aquella época. Así, algunos autores del la década de los sesenta decretaban una crisis eterna en la literatura nacional de la que ellos quedaban siempre a salvo (“Antes de nosotros...el diluvio...después de nosotros...el diluvio”, parecían decir).

Ensayistas como Freddy Castillo Castellanos logran iluminar esta situación y aclaran cómo buena parte de la conmoción cultural que caracteriza aquella década tuvo como uno de sus posibles orígenes la movilidad y las innovaciones artísticas que ya signaban (en un gesto que contradecía el opresivo clima político) los tiempos de la dictadura militar finalizada en 1958: “Para esa misma época Venezuela experimentaba en el ámbito de las artes un proceso de sensible apertura hacia las vanguardias. Carlos Raúl Villanueva protagonizaba un significativo salto hacia el futuro con la admirable Ciudad Universitaria. Alejandro Otero y Jesús Soto, cada uno por su lado, forjaban una obra sin limitaciones parroquiales. Inocente Palacios y Alejo Carpentier hacían de Caracas un centro internacional de la música. Los Disidentes lapidaban al grupo de pintores “paracotos”, por panfletarios y aldeanos... Se presentaba, en general un cuadro cultural movido, rico, ambicioso, universalista. Venezuela, a pesar del régimen autoritario que había padecido, era terreno para las más diversas opciones estéticas”.

En el caso específico de la poesía venezolana podemos ir todavía un poco más atrás, porque en los años cuarenta había irrumpido la voz sonora y plena de Vicente Gerbasi. Un creador descendiente de italianos que construyó una obra vigorosa y ejemplar en la que destaca su largo poema: *Mi padre el inmigrante* (1945), un viaje al origen del ser que es a un mismo tiempo autobiografía y mirada hacia lo externo, elegía y celebración de la existencia, invención y raciocinio, descubrimiento y enmascaramiento de lo real. Ya en la obra de este creador (y en la de Juan Sánchez Peláez, escritor fulgurante que publicó ese libro mayor que es *Elena y los elementos* en 1951) la lírica venezolana exhibía una madurez que tuvo en los años sesenta una esplendorosa prolongación.

En cualquier caso, la poesía venezolana de las últimas cinco décadas presenta un alto grado de autoconciencia. Su perfil se constituye en gran medida desde una continuada revisión crítica de su misma tradición interna. Tradición sin embargo expresamente constituida y engarzada, desde la figura de José Antonio Ramos Sucre en adelante, a los parámetros éticos y estéticos de la modernidad.

Pero detallemos un poco más los sucesos de los años sesenta y de los tiempos posteriores. El primer elemento destacable es la proliferación de revistas literarias como *Sardio*, *Tabla Redonda*, *En haa*, *Rayado sobre el techo*. Publicaciones en las que los autores



venezolanos se declaraban anhelantes de nuevos lenguajes poéticos, y distanciados de una tradición considerada por ellos como provinciana, limitada y castrante.

La violencia del entorno urbano, el cuestionamiento del yo, el empleo de recursos escatológicos, la yuxtaposición de planos temporales, la disonancia de lenguajes, la discusión entre la apuesta estética y la ideológica, conforman buena parte de los contenidos poéticos de estas publicaciones.

Por otro lado, la participación de algunos de estos autores en la aventura guerrillera (derrotada militarmente con crueles mecanismos que excedían los límites propios de la democracia, y apabullada por el inmenso apoyo popular que alcanzaron los partidos políticos del sistema<sup>1</sup>) contribuyó a que una aureola romántica rodeara este tiempo. Poesía y revolución se volvieron términos intercambiables, difusos, y buena parte de las más interesantes discusiones teóricas de la época se desarrollaron en torno a la necesidad de que el acto creador obedeciera a las directrices emanadas de los partidos y organizaciones “revolucionarias”, o por el contrario, respondiese a la autonomía de los universos verbales configurados por aquellos poetas que traían aires frescos a la literatura en lengua española.

Con todo, habremos de estar de acuerdo con Pérez Só quien señala cómo las pautas generacionales surgidas de las poéticas de Vicente Gerbasi, Juan Liscano o Ana Enriqueta Terán

mantendrán su vigencia y continuidad en las décadas de los 50 y los 60. De hecho, la ruptura que anunciaba la expresión militante fue poéticamente más supuesta que real; la aparente renovación estética sostenida en la idea del compromiso político y social nunca llegó a cristalizar más allá de lo superficial. Habría que esperar a la siguiente década para que se produjera la verdadera resquebrajadura estética<sup>2</sup>.

Así, una vez que se consolida el proceso democrático como alternativa al caudillismo militar y a la lucha entre facciones que caracterizó la vida del país desde su independencia, la poesía venezolana vivirá aires de recogimiento, de exaltación del silencio y cuestionamiento del verbalismo como herramientas expresivas. Quizás es por eso que el crítico Javier Lasarte afirma que entre los años 1967 y 1974 se vive un momento de transición. Y de hecho, la poesía que comienza a cultivarse en Venezuela en esos tiempos pareciera estar elaborada en susurros, en voz mucho más contenida que la de los poemas de los años anteriores.

Afirman algunos que sobre el imaginario poético pesaba la derrota política de la izquierda marxista en los años previos, pero quizás es más adecuado advertir que la actitud de estos nuevos creadores ante la realidad inmediata tenía otros –y nuevos– componentes éticos y estéticos. La revolución dejó de ser un argumento literario. Aires clásicos comienzan a soplar sobre ciertos segmentos de la poesía venezolana; al

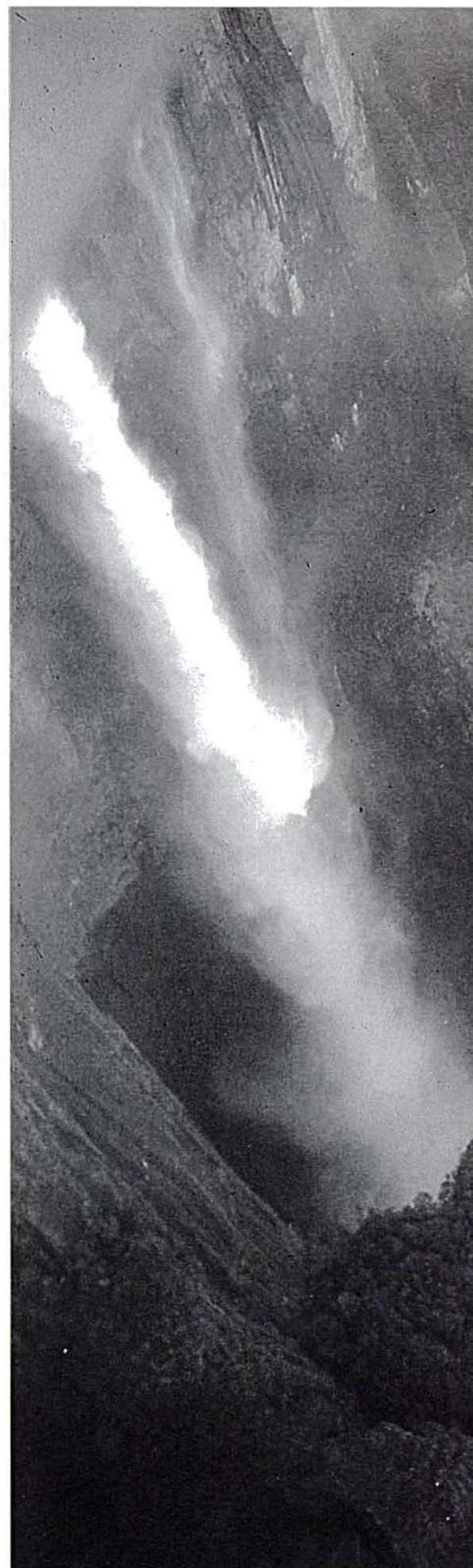


tiempo que otros creadores beben en las aguas del textuallismo francés, o cultivan la exactitud (y a veces la retórica) del poema breve. Con todo, acaso no se esté muy desencaminado si se afirma que la actitud modernizadora de más hondo calado de la poesía venezolana del siglo XX se encuentra entre las obras poéticas editadas de 1969 a 1979, donde a la conciencia del poema se añade la conciencia de la memoria –personal, histórica, social–.

E irrumpen los años ochenta. El país había experimentado en las décadas anteriores un crecimiento del sistema educativo: nuevas universidades privadas y públicas; índices de alfabetización cada vez más importantes; programas de becas que permitieron formarse en el exterior a estudiantes de todos los segmentos sociales; consolidación de instituciones culturales: orquestas sinfónicas, teatros, bibliotecas, editoriales, museos. Pero este es el momento en que el rostro populista del sistema comienza a naufragar. La infinita riqueza petrolera del país mantiene un estado hipertrofiado, clientelista y negligente. Aumentan las cifras de la pobreza, crece la impunidad judicial y se deteriora el sistema sanitario.

Es en este clima que surgen dos agrupaciones: “Guai-re” y “Tráfico”, que retomando los postulados poéticos de Ernesto Cardenal, proponen una poesía de tipo realista, coloquial, prosaica. La sana discusión se instala en el espacio de la poesía venezolana y los detractores y partidarios de esta propuesta inician una serie de polémicas en las que se analiza el sentido de la palabra poética en medio de la realidad del país. Desde estas dos agrupaciones (y precisamente cuando sus miembros abandonaron la ortodoxia “conversacional”) surgen varias de las voces más atractivas de los últimos años en la lírica venezolana.

Pero es también en estos años cuando ocurre una irrupción masiva de brillantes mujeres poetas que inician una escritura en la que exploran con diversas tonalidades la corporeidad de lo femenino, los caminos de una sexualidad libre, los universos propios de su realidad inmediata. La escritura de estas poetas configuró una nueva presencia simbólica en el paisaje de la cultura venezolana, en la que



la mujer dejaba de ser elemento “poetizable” para convertirse en voz propia, en sujeto activo de su realidad y su palabra.

Llega entonces la trágica fecha del 27 de febrero de 1989. El retorno de Carlos Andrés Pérez a la presidencia (con el mayor número de votos que hasta hoy ha obtenido presidente alguno en la historia de ese país: 3.868.843) pone en marcha un programa económico neoliberal hábilmente silenciado durante su campaña, lo que generó una explosiva reacción de ira en las clases populares y medias, esperanzadas hasta ese momento con un retorno a la prosperidad artificial y al derroche que caracterizaron el primer gobierno del líder socialdemócrata. Se producen de esta manera violentos saqueos que son reprimidos de forma salvaje por las fuerzas armadas nacionales. La convivencia social venezolana queda deshecha.

La década del noventa se inicia con aires de incertidumbre. El elemento militar reaparece en la vida del país. Un grupo de oficiales fracasa en las tentativas golpistas que desarrolla en febrero y noviembre de 1992, pero luego acceden al poder tras dos elecciones marcadas por la abstención en las que obtienen algo más de 3.700.000 votos. A partir de este momento, Venezuela vive situaciones de gran enfrentamiento político y se divide de manera tajante entre los partidarios del proyecto castrense y los que reniegan de esta visión.

Pese a este panorama de crisis política, y quizás saturada del realismo promovido por los grupos “Tráfico” y “Guaira” durante la década anterior, la lírica venezolana de estos años se lanza hacia otros caminos expresivos. Lázaro Álvarez afirma que en los noventa: “resulta más notoria la presencia incipiente de una poesía literaria, con evidentes referencias culturales o históricas a través de las cuales se recrea la experiencia personal de los poetas. Esta inclinación culturalista la encontramos en libros donde abundan dichas referencias en la forma de recreaciones de lugares, personajes o hechos históricos... Tal culturalismo, a diferencia de cierto culturalismo español de los setenta, es casi siempre ajeno a toda pedantería libresca...”.



Quizás lo que evita esta prepotencia intelectual en el escenario de la poesía venezolana más reciente es el profundo discurso irónico que la caracteriza. Un fenómeno que Luis Miguel Isava define como la confluencia de distintas corrientes del pasado inmediato, mediante las cuales la poesía actual recupera el espesor reflexivo anterior a la aparición de los escritores de "Tráfico", pero mantiene la carga irónica que surgió a partir de esta agrupación.

Miguel Marcotrigiano amplía este dibujo al caracterizar la creación más reciente en Venezuela en seis grupos: una poesía del enmascaramiento; una vinculada a las experiencias exterioristas de los ochenta; otra enfrascada en un discurso irónico; otra relacionada con el desarrollo de lo telúrico; una de corte existencial; y un sexto grupo en el que confluyen varias de las anteriores, o en el que aparecen rasgos propios e inclasificables.

Una escritura, que en síntesis, es un viaje hacia los innumerables destinos del poema.

#### NOTAS

1. Las elecciones presidenciales llevadas a cabo el 1 de diciembre de 1963 otorgaron una amplia ventaja al candidato socialdemócrata Raúl Leoni, y convocaron a un amplísimo sector de la población, derrotando por completo el llamado a la abstención que formularon los grupos marxistas alzados en armas. De este modo, el proceso revolucionario se reveló en toda su desnudez como una estrategia militar desarraigada del proceso social venezolano.
2. Reynaldo Pérez Só: Seis décadas de poesía venezolana (Bosquejo). Revista Poesía n° 102/103. Valencia-Venezuela, 1994.

